

Nº 1

Mayo de 1968

El medidor de altura

El medidor de altura (cuyo nombre se me olvida: metrónomo, percha) en el que hay que permanecer ad. lib. varias horas. Como es de suponer. El armario (los dos escondites). La representación teatral. La humillación. ?. Lo arbitrario.

Una habitación donde hay varias personas. En una esquina hay un medidor de altura. Siento la amenaza de tener que pasar varias horas debajo; es una novatada más que un verdadero suplicio, pero extremadamente incómoda, porque nada sujeta la parte de arriba del medidor y, forzándola, corremos el peligro de empequeñecernos.

Como es de suponer, sueño y sé que sueño, como es de suponer, que estoy en un campo de concentración. No se trata verdaderamente de un campo de concentración, por supuesto, es una imagen de campo de concentración, un sueño de campo de concentración, un campo-metáfora, un campo que, lo sé, es solo una imagen fa-

miliar, como si volviese a tener incesantemente el mismo sueño, como si no tuviese nunca otro sueño, como si no hiciese nunca nada sino soñar con ese campo.

Es evidente que esta amenaza del medidor es suficiente para concentrar en ella todo el terror del campamento. A continuación, resulta que no es tan terrible. Además, escape a esta amenaza, no tiene lugar. Pero es precisamente esta amenaza evitada la que constituye la prueba más evidente del campo: lo que me salva es solamente la indiferencia del torturador, su libertad de hacer o de no hacer; estoy sometido por completo a su arbitrio (exactamente del mismo modo que estoy sometido a este sueño: sé que no es más que un sueño, pero no puedo escapar de este sueño).

La segunda secuencia retoma estos temas sin apenas modificarlos. Dos personajes (de los cuales uno soy seguramente yo mismo) abren un armario en el que se han hecho dos escondites donde se guardan las riquezas de los deportados. Por «riquezas» hay que entender todo objeto susceptible de aumentar la seguridad y las posibilidades de supervivencia de su poseedor, ya se trate de objetos de primera necesidad o de objetos que posean un valor de intercambio. El primer escondite contiene lanas, muchísimas lanas, viejas, apolilladas y de colores apagados. El segundo escondite, que contiene plata, está constituido por un mecanismo de báscula: uno de los estantes del armario está hueco por dentro y su tapa

se sube como la tapa de un pupitre. Sin embargo este escondite se considera poco seguro, y yo estoy accionando el mecanismo que lo descubre para retirar el dinero, justo cuando entra alguien. Es un oficial. Al instante comprendemos que, de cualquier forma, todo esto es inútil. Al mismo tiempo, resulta evidente que salir de la habitación equivale a morir.

La tercera secuencia sin duda habría podido, si no la hubiese olvidado casi por completo, dar un nombre a ese campo de concentración: Treblinka, o Terezienbourg, o Katowicze.

La representación teatral era quizás el *Réquiem de Terezienbourg* (*Les temps modernes*, 196., nº., pp. ...—...). La moral de este episodio borrado parece referirse a sueños más antiguos: uno se salva (a veces) jugando...

Nº 2

Noviembre de 1968

Las bandejas

Con una risa que solo se puede calificar como «sardónica», ella se puso a seducir, delante de mí, a un desconocido. No dije nada. Ante su insistencia, acabé por abandonar la habitación.

Estoy en mi cuarto con A. y con un viejo amigo al que enseñé a jugar al go. Parece comprender el juego, hasta el momento en el que me doy cuenta de que cree estar aprendiendo a jugar al bridge. En realidad, el juego consiste en distribuir *bandejas de letras* (más bien un tipo de lotería que un tipo de scrabble).